

## **Función cultural moderna de los estudios clásicos**

¿Somos historia?

Hegel.

Traduzco de un libro de Cicerón (*De inventione*, libro I), el siguiente diálogo socrático, atribuido a Esquine.

Se trata, según parece, de una de las elegantes recepciones de Aspasia.

La admirable dama, que sabía hacer suyo método y espíritu de la conversación socrática, animaba con su vivacidad y gracia a los grupos que formaban los huéspedes.

Iba de uno a otro y hablaba con la afabilidad más exquisita.

De súbito, se detiene delante de la esposa de Xenofonte, que con él estaba y le pregunta:

—Dime, por favor: Si tu vecina tuviera mejores alhajas que las tuyas ¿con cuáles te quedarías?

—Las tuyas, dijo.

—Y si poseyera un vestido y todo lo demás del adorno femenino de mayor precio que el tuyo, ¿cuáles de los dos preferirías?

—El suyo — respondió.

—Ahora bien: si ella tuviera un esposo mejor que el tuyo, ¿cuál de los dos preferirías?

Sonrojóse la noble dama, y Aspasia dirigiendo la palabra a Xenofonte:

—Por favor — dijo — si tu vecino poseyera un caballo mejor que el tuyo, ¿cuál de los dos querrías tener?

—El suyo, replicó.

—Y si tuviera un fondo mejor que el tuyo, ¿cuál de los dos elegirías?

—El mejor, dijo.

—Bien: ¿y si su esposa fuera superior a la tuya?

Xenofonte también callóse.

Entonces Aspasia agregó: Ya que ninguno de vosotros me ha manifestado lo que yo quería saber, diré lo que pienso de vosotros.

Tú, mujer, aspiras a un hombre óptimo, tú, Xenofonte, a una mujer elegida entre todas.

Por consiguiente, si estáis conformes en que no haya sobre la tierra un hombre y una mujer mejor que vosotros, anhelaréis siempre lo que habéis reputado óptimo: tú, como esposa, de haberte casado con la óptima; y ésta con el óptimo de los maridos.

Si Sócrates presenció este diálogo, debió sentirse satisfecho de su discípula.

Pero, en la opinión de un crítico moderno, el *problema* de la felicidad conyugal no está resuelto con las ilaciones de Aspasia.

Las *mejores intenciones* de muchos maridos y de muchas esposas (lo vemos diariamente) no han sido suficientes para evitar el divorcio.

¿Cómo ser el *óptimo* o la *óptima*?

*This is question.*

Este problemita de ética matrimonial que ni Balzac ni Mantegazza han sabido resolver nos permite hacer algunas consideraciones previas sobre la naturaleza psicológica del juicio humano "che si spesso erra".

Se ha dicho que el hombre *nace filósofo*.

En realidad, *nace dogmático*.

El principio de Protágoras "el hombre es la medida de las cosas" debe referirse al hombre-individuo que reproduce, en su dogmatismo ideal, todos esos procesos psicológicos concomitantes con nuestro pensamiento, prejuicios, ideas, sentimientos, rebeliones íntimas que, por todos los espíritus, flotan vagos, imprecisos, y se forman a cada momento al rededor de nuestro "yo profundo", e impiden ver y pensar con exactitud.

..Así, se forma la “visión intelectual” unilateral, exclusiva, intransigente, dentro de tantas encrucijadas y senderos oscuros en que la razón se extravía y toma como legítimo y verdadero lo que sólo tiene de tal la apariencia.

El mayor de todos nuestros errores consiste en la falsa generalización del fragmento de verdad que constituye la esencia de nuestra “visión intelectual” de la realidad.

Nuestro espíritu es más exclusivo que liberal.

Por eso, pudo el presbítero don Juan Manuel Fernández Agüero, rector de la Universidad de Buenos Aires, suspender del ejercicio de la enseñanza a un catedrático “por haber dictado doctrinas heréticas” (Anales de la Universidad de Buenos Aires, tomo I, pág. 115, ed. de 1877).

Los representantes superiores de la enseñanza, como quien dice los altos depositarios de la ciencia, como lo fué el citado presbítero, opinaban que Dios, la iglesia, la familia, la sociedad y hasta el Estado corrían serio peligro de la vida, si un catedrático enseñaba sin reservas los descubrimientos de la ciencia.

Esa “intolerancia infernal” no es un hecho aislado ni en el tiempo ni en el espacio.

—Latín... griego... filosofía... historia... ¿Para qué?, preguntaban a menudo muchos reaccionarios.

—Ustedes — agregan — están fuera de la vida moderna que, basada en la fuerza, exige una preparación especial de la juventud, es decir, cierto desarrollo de músculos, puños y apetitos...

Por esto y otros muchos juicios... *a priori*, que en criollo puro se individualizan con una palabra que todavía no ha entrado en el sagrado patrimonio lingüístico de la Academia española, y que en latín se traduce con “nugae” (cuya sinonimia argentina empieza con *m...*), he considerado siempre a esta nuestra amada Facultad de Filosofía, Historia y Letras (bien lo saben aquellos que encontré aquí simples estudiantes, y hoy en día... son “personajes”) como un “núcleo antiséptico”, de atmósfera especial, que vivifica únicamente a organismos apropiados a sus condiciones.

Y bendita sea, mil veces bendita, aquella que los reaccionarios llamaran "intolerancia". Nosotros creemos que la educación científica universitaria encuentra su perfecta integración en esta Facultad, la cual no está hecha a imagen y semejanza de una de esas salas medievales ilustradas por el pasaje de cien generaciones y que obedecen a reglas y costumbres más antiguas que el campanario de una venerable catedral: no tiende, como en la vetusta Salamanca, a desentrañar el sentido de una oscura frase de algún padre de la Iglesia, o a estudiar en un volumen in folio el uso de la coma en el romance del Cid.

¡No, no y no!

El estudio de los clásicos griegos y latinos (a los cuales deben agregarse los sánscrito - Zend - orientales), para no hablar sino de un aspecto del problema cultural moderno — debe considerarse como el problema magno, en cuyo fondo se condensa en definitiva el problema vital de la cultura láica moderna.

En efecto, la cuestión de los clásicos está íntimamente relacionada con el problema vital del estudio de las grandes literaturas modernas, especialmente neolatinas que tienen su origen en el glorioso período del Renacimiento.

A principio del siglo XIX la cuestión del clasicismo tomó un aspecto muy singular.

En las antologías, en los manuales escolares, se empezó a predicar que los clásicos eran los únicos modelos del estilo.

En los clásicos, se decía, aprenderemos a escribir.

Reinó soberano el prejuicio de la forma sobre el fondo.

Pero... ¿qué forma?

La forma considerada por abstracción en su faz externa, — como separada del contenido.

Impusieronse clasificaciones de los escritores de la antigüedad, desde el punto de vista de la retórica y no de la biología literaria.

A mayor profusión de recursos retóricos, mayor superioridad del escritor.

Admiróse la pompa, el número y la elegancia del estilo; la flexibilidad, la riqueza léxica, la copia de los modismos.

Grande escritor no era aquel que sabía darnos más extensa sensación de la vida, sino el más ecicalado, el más pulido, el más brillante.

Y más acicalado, pulido y brillante era aquel que citaba — ¡horrible! — mayor número de frases o principios redactados en lengua latina...

Incautamente se juzgó que la retórica es la vida, y reputóse como ideal en el arte imitar la construcción, régimen, léxico de los escritores antiguos.

Confundiase, sobre todo, el estudio de los clásicos con la "erudición" — *sfacciata e pedante*.

Pero la meta en el estudio moderno de los clásicos es otra.

Yo citaré para mí mismo el que me parece el más espiritual de los aspectos.

El fin principal de nuestros estudios orientales, griegos y latinos es de llegar a la comprensión e interpretación de la obra de arte, reproduciéndola en sí mismo, en nosotros mismos, identificando nuestro espíritu con el del escritor.

En esa identidad estriba la posibilidad de que nuestro espíritu vibre con los grandes y se agigante con ellos en la vida suprema del espíritu universal.

El genio llega a la belleza eterna sin esfuerzo, por su natural expansión.

Nosotros, para elevarnos a aquella altura, necesitamos el apoyo de aquél.

Es él quien nos abre los ojos.

Un proceso de elevación continua.

Un refinamiento progresivo del gusto, cuyo punto culminante se halla representado por la identificación de la actividad estética que gusta una obra de arte y la actividad de la inspiración que la produjo, y que nos permite apoderarnos del *elemento de verdad* que todo pensador, como todo movimiento histórico del pensamiento, ha dejado en la cultura, y forma parte del pensamiento vivo contemporáneo.

*Juan Chiabra.*